

hace perder los alientos, aprovecha los postreros para trazarla en el suelo con su sangre, y morir besándola.

Que la envidia podrá reiteradamente quebrar la espada de nuestra Patria; siempre quedará humbre para forjarla de nuevo; pero aun la empuñadura que entretanto quede en sus manos será una Cruz, y aun Virreyes del Perú — según tradición cantada por el gran Santos Chocano — pudieron en su piedad hacer merced de la empuñadura a un mendigo, porque a España, para adorar la Cruz, le basta, como a Pizarro, trazarla con su sangre, que trazar una Cruz con sangre española no es sino trocar en forma una substancia; substancia de Cruz, substancia de abnegación es España, por ello también el dolor la emancipa de la voluntad individuada, y para intuir y con ello crear el mundo de la belleza, tiene la lente de sus lágrimas.

Lágrimas españolas, zumo del dolor que enajena del sentido vulgar y del sentido común, que, poniendo la mente al servicio de lo útil, hace a los hombres listos para la vida y ciegos para la belleza y torpes para el Arte.

Vieja lágrima española que es ya rocío de la leyenda patria, de la más brumosa aurora de la historia; la descubre ya la serenidad helénica personificada en Alcides en los ojos de Pirene moribunda, el último vástago de la regia estirpe de Túbal, cercada de llamas por Gerión el tricéfalo; y luego las primeras hojas que en tierra hispana nacen del retoño arrancado del legendario jardín de las Hespérides, los primeros azahares desprendidos en racimos de sus tiernas ramas, los primeros frutos que entre el verdor primesizo como en cielo esmeraldino

